

nario que así cuidaba de las personas como de las bestias.

Interin, Luisa y yo desnudamos al enfermo, calentamos á la llama de la fogata una piel de carnero, y arrollamos en ella al niño, que no se meneaba ni eso, como si estuviese completamente baldado. En cuanto á los carromateros, se habían salido para enganchar y se disponían á partir.

—Jorge, dije emparejando con el guía, por favor aguarde V. á que el médico llegue.—Sosiéguese V., me respondió el anciano, todavía tardaremos un cuarto de hora en marcharnos, y de aquí á entonces el muchacho habrá muerto.

Torné al lado del doliente, á quien dejara al cuidado de Luisa; el niño había hecho un movimiento para acercarse otra vez al hogar, lo que nos hizo concebir alguna esperanza.

En esto entró el médico, é Iván le enteró del porqué fueran por él. El médico meneó la cabeza, se acercó á la lumbre y desarrolló la piel de carnero: el niño era ya cadáver.

Luisa preguntó dónde vivían los padres de aquel desventurado niño, á fin de dejar para ellos un centenar de rublos, y el huésped le respondió que aquél no los tenía, que era un huérfano á quien él prohibiera por caridad.

## XXIV

No eran felices los presagios; pero ya era demasiado tarde para retroceder. Jorge, desde la cabeza de la caravana, nos daba prisa; á la puerta del mesón estaban en fila los trineos, y en el centro de la fila nos esperaba nuestro *telegue* provisto de una *troika*, esto es de tres caballos. Luisa y yo nos subimos pues al *telegue*, Iván se instaló con el postillón en el banco

que ocupaba el sitio del antiguo pescante, desaparecido en la metamórfosis operada en nuestro carricoche, y á una señal dada con un silbato, emprendimos la marcha.

Al encontrarnos á unas doce verstas del villorrio, amaneció: ante nosotros y como si pudiésemos tocarlos con la mano, se alzaban los Urales, en los que íbamos á internarnos; pero antes de ir más allá, Jorge tomó la altura, como pudiera haberlo hecho un capitán de marina, y en la situación de los árboles conoció que seguíamos el camino verdadero. Con toda suerte de precauciones, para evitar un desvío, continuamos adelante, y no una hora después llegamos á la vertiente occidental, donde se vió que la pendiente era demasiado empinada y la nieve sobrado poco endurecida aún para que los carromatos pudiesen subir arrastrados por los ocho caballos que tiraban de cada uno de ellos. En consecuencia, Jorge dispuso que sólo subiesen dos carromatos á la vez, que se engancharan á estos dos los caballos de toda la caravana, y que, llegados, volviesen á bajar para subir otros dos, y así consecutivamente, hasta que los diez que componían nuestra caravana se hubiesen unido á los primeros. Para nuestro trineo reserváronse dos caballos á fin de que sirviesen de delanteros ó de guía. Como se ve, nuestros compañeros de viaje nos trataban como hermanos que se quieren, y eso sin que hubiésemos tenido que exhibir ni una vez la orden del emperador.

Ahora las disposiciones sufrieron una variación. Como nuestro *telegue* era mucho más ligero que los carromatos, pasamos del centro á la cabeza, precedidos de dos hombres armados de largas picas para sondar el terreno. Jorge cogió del diestro á nuestro primer caballo, y tras nosotros siguieron dos hombres que con sendas hachas hicieron cortaduras en la nieve con objeto de dejar en el sitio por donde pasaran los patines huellas que sirvieran de guía á los demás. En

cuanto á mí, satisfecho de que se me presentase coyuntura de andar un poco á pie, coloquéme entre el trineo y el precipicio y empezamos la ascensión seguidos de dos carromatos.

Tras hora y media de feliz ascenso llegamos á una como meseta en la que se hacían algunos árboles y que fué diputada por buena para el alto.

Hasta ocho horas después no terminó el ascenso de la caravana, y reunidos en la meseta todos los carromateros, menos dos que se quedaron abajo para guardar los equipajes, vióse que estábamos en el verdadero camino.

Como no había sino seguir las huellas trazadas, los carromateros se bajaron de nuevo con los caballos; digo, todos no: cuatro de ellos se quedaron con Jorge, Iván y yo para construir una barraca.

Luisa se quedó en el trineo, envuelta en pellizas, y como nada tenía que temer del frío, dejamos que aguardase tranquilamente en el trineo la hora de salir de él, y nos pusimos á derribar á hachazos los árboles que nos rodeaban, menos cuatro destinados á servir de columnas torales del edificio. Luego, así para calentarnos como para que nos sirviese de abrigo, nos pusimos á construir una cabaña, que una hora después y gracias á la maravillosa destreza de nuestros improvisados arquitectos estuvo terminada. Inmediatamente algunos carromateros cavaron la nieve que quedara en el interior de la choza, y con ella la calafatearon por fuera; luego hicieron con las ramas inútiles una gran fogata, cuyo humo se escapó por el agujero que, siguiendo la usanza de la tierra, se dejó en medio del techo. Entonces Luisa se apeó y tomó sitio junto á la lumbre.

La gallina, desplumada y suspendida de un bramante por las patas, giraba simétricamente ora á la derecha, ora á la izquierda, cuando llegó el segundo convoy.

A las cinco de la tarde todos los carruajes estaban alineados en la meseta, y los caballos, desengancha-

dos, comían su pienso de paja de maíz: en cuanto á los hombres, hacían cocer en una marmita una especie de polenta que, con el tocino con que frotaran la noche antes el pan, y la botella de aguardiente que les dimos, formó su cena.

Ya satisfecha el hambre, nos acomodamos como pudimos, y de haber accedido á las instancias de los carromateros, éstos se habrían quedado á dormir á la intemperie, en medio de los caballos, dejándonos dueños absolutos de la cabaña; pero nosotros les exigimos formalmente que se aprovecharan del abrigo que con sus propias manos construyeran. Sin embargo, por miedo á los lobos y á los osos, convínose en que uno de ellos, armado de su carabina, se quedaría de centinela fuera de la cabaña, y que al que le tocase por turno y de hora en hora, continuaría la facción. En vano Iván y yo insistimos para que no nos eximiesen de este servicio.

Como se ve, nuestro estado, hasta aquel momento, era muy tolerable; así pues nos dormimos sin que el frío nos molestase demasadamente, gracias á las pellizas de que con abundancia nos proveyera la señora de Waninkoff.

En lo más cerrado de nuestro sueño nos despertó un tiro. Levantéme de un brinco, y, empuñando una pistola en cada mano, me abalancé á la puerta junto con Iván. Los carromateros se limitaron á levantar la cabeza y á preguntar qué ocurría, y dos ó tres de ellos ni siquiera se despertaron.

El tiro lo disparó Jorge contra un oso que, atraído por la curiosidad, se acercó á unos veinte pasos de la cabaña, y, para enterarse de lo que pasaba en ella, se levantó sobre sus pies: posición que Jorge aprovechó para enviarle una bala. Al emparejar con nuestro guía, lo encontré cargando con todo sosiego su carabina para lo que pudiese tronar.

—¿Lo ha herido V.? pregunté á Jorge.—¡Vaya si lo he herido! me respondió.

Cuando los que preguntaron qué había ocurrido supieron que se trataba de un oso, su apatía abrió paso al deseo de perseguir á la fiera; pero como efectivamente el oso estaba herido, lo que se echaba de ver en el reguero de sangre que aquél dejara en la nieve, sólo Jorge tenía derecho sobre él; en consecuencia, su hijo, mozo de veinticinco á veintiséis años, llamado David, solicitó su permiso para seguir el rastro, y, obtenido que lo hubo, se alejó en dirección de la sangre, haciéndome por toda respuesta al ofrecimiento que de mi carabina le dirigí en alta voz, una señal indicativa de que le bastaban su cuchillo y su hacha.

Hasta unos cincuenta pasos de distancia seguí con los ojos á David, y lo ví bajarse á un barranco é internarse en la oscuridad, por la que avanzó encorvado para no perder de vista los sangrientos vestigios. Los carromateros se entraron nuevamente en la cabaña, Jorge continuó su todavía no acabada facción, y yo, que según me desperté conocí que no reconciliaría el sueño fácilmente, quedéme al lado de Jorge. Poco después me pareció oír un rugido sordo en la dirección por la cual desapareciera David; Jorge también lo oyó, pues sin proferir palabra asíóme del brazo y me lo estrechó con fuerza. Trascurridos algunos segundos, oyóse otro rugido y yo sentí crisparse todavía más los dedos de nuestro guía. Luego todo quedó en silencio espacio de cinco minutos que debieron de parecer otros tantos siglos al pobre padre, y por fin resonó un grito humano. Jorge respiró ruidosamente, me soltó el brazo, y, volviéndose hacia mí, me dijo: —Mañana comeremos mejor que no hemos comido hoy; el oso está muerto.—Por Dios, Jorge, susurró á nuestras espaldas una voz suave, ¿cómo ha consentido V. que David persiguiese solo y casi desarmado á una fiera tan terrible?—Con perdón, mi hermosa señora, repuso Jorge sonriéndose con orgullo, los osos nos conocen; yo de mí sé decir que grande con

chico he matado más de cincuenta durante mi vida, y en esta caza nunca he atrapado más que algunos arañazos que ni siquiera vale la pena el hacer mención de ellos. ¿Por qué sería David más desafortunado que yo?—Con todo, argüí, hace poco no estaba V. tan tranquilo como eso; testigo mi brazo, que me temí iba V. á triturármelo.—¡Ah! replicó Jorge, es que en el rugido del oso he conocido que él y David luchaban cuerpo á cuerpo. Es una debilidad, no digo lo contrario; pero qué le haremos, excelencia, un padre nunca deja de serlo.

En esto reapareció el cazador en el mismo sitio en que yo lo perdiera de vista, pues así á la ida como á la vuelta siguió el rastro de la sangre; y como Jorge, cual si quisiese probarnos que su debilidad era ya pasada, se abstuvo de avanzar ni un paso hacia David, me adelanté solo al encuentro del joven.

El cual traía las patas del animal, esto es la parte que tiene fama de más sabrosa, y las reservaba para nosotros. El resto del oso no pudo traerlo, porque la bestia era tan enorme que pesaba á lo menos doscientos kilogramos.

A esta nueva no quedó en la cabaña ni un dormido; todos se echaron fuera y se ofrecieron á porfía para ir en busca del oso. Interin, David se quitó su zamarra y descubrió el hombro, en el que había recibido de su terrible antagonista una garfada que casi le dejó descubierto el hueso. Sin embargo como el frío le heló casi al punto la sangre, fué poca la que el mozo perdió. Luisa se empeñó en lavar con agua tibia la llaga y vendarla con su pañuelo; pero el herido movió la cabeza á uno y otro lado y respondió que ya estaba seca; luego, después de haber, por todo remedio, estregado su hombro con un pedazo de tocino, volvió á ponerse el zamarro. Con todo eso Jorge le prohibió que saliese de la cabaña, y los seis carromateros designados por el padre de David para ir á buscar el oso partieron solos.

Jorge, que había terminado su facción, se entró en la cabaña al lado de su hijo, y otro lo reemplazó. Entonces contó el mozo todas las menudencias de la lucha al anciano, cuyos ojos brillaron como ascuas, y cuando hubo terminado, Luisa le ofreció algunas de nuestras pellizas para que se envolviera en ellas; pero David se negó á aceptarlas, y, apoyando la cabeza en el hombro de su padre, se durmió.

Nosotros estábamos tan rendidos, que no tardamos en imitar al mozo, y á las cinco de la mañana nos despertamos sin que otro incidente hubiese turbado nuestro sueño.

Nuestros guías habían ya enganchado la mitad de los carromatos y nuestro trineo, y como la cuesta era mucho menos empinada que la del día antes, esperaban no tener que hacer ahora más que dos viajes. Como la otra vez, Jorge cogió del diestro á nuestro caballo de guía y condujo á la caravana, mientras su hijo y otro carromatero iban delante para sondar el terreno con sus largas picas. A medio día llegamos al punto más elevado, no de la montaña, sino de la garganta. Era tiempo de hacer alto, si queríamos que el resto de la caravana se nos reuniese antes de cerrar la noche. Para ver si, como el día antes, encontraríamos algunos árboles, miramos á todas partes; pero hasta donde descubría nuestra vista, la montaña estaba rasa como la palma de la mano. Acordóse pues que el segundo convoy traería una carga de leña suficiente para preparar la cena y tener encendida la lumbre toda la noche.

Nosotros sentíamos en el alma que desde un principio no se nos hubiese ocurrido esta idea, y ya estábamos en talle de aparejar como Dios nos diese á entender, con cuatro picas clavadas en el suelo y el toldo de uno de los carromatos, una tienda de campaña, cuando vimos regresar al hijo de Jorge conduciendo dos caballos que, cargados de leña, venían al trote. Aquellas buenas gentes habían pensado en nosotros,

y, previendo que sin fuego encontraríamos interminables las horas, nos enviaban combustible. Plantada la tienda, quitamos la nieve, y Jorge abrió en el suelo un hoyo cuadrado y profundo de un pie, en el que encendió un haz de leña; ardido que hubo el haz, el anciano llenó de brasas el hoyo hasta la mitad, puso encima de ellas dos patas del oso, cubriólas con otras brasas como se estila para tostar patatas ó castañas, y finalmente puso encima de este horno de campaña *sui generis* otro haz que, á las dos horas, quedó reducido á un montón de brasas y ceniza.

Con todo eso, sin olvidarse de los preparativos de la cena nuestro cocinero se llegaba con frecuencia á la abertura de nuestra tienda para consultar el tiempo; efectivamente, el espacio se cubría de nubes, y en la atmósfera reinaba un silencio indicativo de que por la noche iba á ocurrir algún cambio, cambio que, en nuestra situación, no podía menos de sernos perjudicial. Así es que al llegar el segundo convoy, los carromateros se reunieron para deliberar, y después de haber escudriñado con los ojos la atmósfera y tendido las manos para ver si el viento tomaba al fin una dirección fija, indudablemente sacaron en limpio que el tiempo no se presentaba como hubiera sido de desear, pues vinieron á sentarse tristemente á la lumbre. Yo, que á los ojos de Luisa quería no dar muestras de compartir aquella inquietud, encargué á Iván que preguntase á los carromateros la causa de sus temores. Poco después volvió Iván, y me dijo que el tiempo amenazaba nieve, y que por tanto aquéllos temían para el día siguiente, además de las tempestades y los aludes, el no poder seguir la verdadera vía, y como durante todo el descenso el camino estaba orillado de precipicios, la más pequeña desviación podía ser mortal. Precisamente era el peligro que yo me temía: la nueva pues no me cogió de sorpresa.

Por mucha que fué la inquietud de nuestros compañeros, el hambre no perdió sus derechos, así es

tra  
ble  
n-  
os  
lo,  
co-  
no  
ne  
sa,  
ge,  
en  
ter

no,  
ba  
que  
, y  
el  
lo-

te-  
fué  
fo-  
les  
ría-

de  
y,  
su  
eve  
en

ron  
se  
las  
asi-

que apenas se hubieron aquéllos instalado en torno de la lumbre, empezaron á cortar lonjas del oso y á colocarlas sobre las brasas.

A nosotros nos reservaron un manjar más delicado, las patas del plantigrado cocidas al rescoldo; cuando el que se constituyera nuestro cocinero juzgó que estaban aquéllas en su punto, apartó con precaución las brasas que las envolvían y las sacó una tras otra del brasero.

En verdad, tampoco ahora la impresión fué para mí halagadora; las patas, engrosadas extraordinariamente, formaban una mole extraña y nada atractiva. Después de haberlas puesto, humeantes, sobre un tronco de abeto que sus compañeros aserraran el día antes para labrar con él una especie de mesa para nosotros, nuestro cocinero empuñó su cuchillo y empezó á quitar la costra que las cubría; pero como á compás que avanzaba esta operación partía de las patas un olor de los más succulentos, no tardé en modificar mi parecer, cuanto más que no habiendo comido desde la mañana más que un poco de pan y otro poco de jamón crudo, me apretaba el hambre. Luisa miró la operación aquella con visible repugnancia, y manifestó resueltamente que sólo comería pan.

Por desgracia, una vez presta la cena, por poco la vista me hace perder el apetito que el olfato despertara: despojadas de la piel, las patas del oso tenían toda la apariencia de manos de gigante. Con asombro de los espectadores estuve pues un rato sin saber qué hacer: por una parte me atraía el olfato, por otra me era repulsiva la forma, y en mi ánimo deseaba que se presentase un catador del tan encomiado manjar. Volvíme pues hacia Iván, que con los ojos se comía aquel asado, y le hice seña de que lo gustara. No se lo hizo repetir el subteniente, el cual pidió prestado á su vecino un cuchillo y un tenedor, y, con satisfacción manifiesta, decentó una de las patas. Ahora bien, como ni en la desinteresada resolución ni en la satisfacción

evidente de Iván era posible equivocarse, hice lo que él, y, al primer bocado, no pude menos de confesar que al subteniente le sobraba mil veces la razón.

Ejemplo ni ruegos fueron parte á vencer la repugnancia de Luisa; mi amiga contentóse con comer un poco de pan y una lonja de jamón asado, y, no queriendo beber aguardiente, apagó su sed con un puñado de nieve.

Mientras, anocheció, y la cada vez más densa oscuridad era nuncio de que el tiempo iba de mal en peor; los caballos se estrechaban unos contra otros con inquietud instintiva, y, de cuando en cuando, pasaban ráfagas de viento que se hubieran llevado nuestra tienda á no haberla arrimado á una roca nuestros previsores compañeros; ello no obstante tomamos nuestras disposiciones para dormir, si era que podíamos conseguirlo. Como la tienda no ofrecía abrigo suficiente para una mujer, Luisa se volvió á su trineo, del cual cerré la abertura con la piel del oso matado el día anterior, y torné á la tienda, que los carromateros nos cedieron en absoluto alegando que lo pasarían muy bien debajo de sus carromatos. Realmente la tienda era reducida por demás para abrigarnos á todos; sin embargo insistimos para que á lo menos la mitad de los carromateros la compartiesen con nosotros; todo fué en vano, aquéllos se negaron rotundamente; sólo David, á quien molestaba aún la herida que le infiriera el oso, en obediencia á su padre se decidió á pasar la noche á nuestro lado. Los demás, como dijeron, acomodáronse debajo de los carromatos, menos Jorge, que desdeñando este sibirismo, se acostó en tierra, se envolvió en sus pieles de carnero, é hizo almohada de una roca.

Como la noche anterior, uno de los carromateros quedó de facción á la puerta de la tienda.

Al encaminarme á la cual después de haber visitado los preparativos exteriores de que he hablado, noté que en medio del camino había un enorme montón de

ramas á que un carromatero ponía fuego; y como tuve por inútil una fogata que no debía calentar á persona alguna, pregunté el porqué de ella.

—Como atraídos por el olor de nuestro asado es más que probable que acudirán los lobos, me respondió David, la fogata esa los tendrá á raya.

La razón me pareció buena, y la precaución oportuna.

Olvidábaseme decir que la centinela tenía el encargo de conservar el fuego de nuestra tienda y el del camino.

Arrebujados en nuestras pellizas aguardamos, si no tranquilos, á lo menos resignados, á los dos enemigos que nos amenazaban, esto es la nieve y los lobos. No fué larga la espera: media hora después nevaba y allá á lo lejos aullaban los lobos. Con todo era tal mi fatiga, que al ver, veinte minutos después, que los aullidos, que en verdad me daban más mala espina que la nieve aunque en realidad eran menos peligrosos, no se acercaban, me dormí profundamente.

Hacia no sé cuánto tiempo que me entrara por las puertas del sueño, cuando sentí caer sobre mi cuerpo una pesada mole. Despertéme sobresaltado, y al tender los brazos para enterarme, encontré un obstáculo; intenté dar voces, y mi voz quedó ahogada. De pronto se me olvidó el paraje en que estábamos; luego hice un llamamiento á mis ideas, y dime á entender que la montaña se había derrumbado sobre nosotros. Redoblé entonces mis esfuerzos, y en las sacudidas que lo conmovían, conocí no ser yo el único Encelado cogido debajo de aquel nuevo Etna. Alargué la mano hacia mi compañero de infortunio, y al sentir que éste me asía del brazo y tiraba de mí, cedí al impulso y saqué la cabeza. La tela de nuestra tienda, no pudiendo con el peso de la nieve se había desplomado sobre nosotros envolviéndonos como en una red; pero David, mientras andaba yo buscando inútilmente una salida, había rasgado la tela con su puñal, y co-

giéndome á mí con una mano y á Iván con la otra, nos hizo salir por la abertura que él se amañara.

¿Quién volvía á pegar los ojos aquella noche?

Era tal la cantidad de nieve que caía, que carromatos y trineo habían desaparecido completamente bajo la capa que los cubría, y parecían protuberancias pegadas á la montaña. En cuanto á Jorge, lo único que indicaba el sitio en que se acostara era una pequeña elevación del terreno.

No pudiendo hacer otra cosa, nos sentamos con los pies hacia la lumbre y de espaldas al viento, y aguardamos que amaneciese.

A las seis de la mañana cesó de nevar. Con todo, pese á la proximidad del día, el cielo continuó apagado.

No bien el oriente se tiñó con la primera luz diurna, llamamos á Jorge, que al punto sacó la cabeza al través de su cobertor de nieve. Pero no pudo hacer más; su zamarro se había agarrado á la nieve endurecida y lo retenía como clavado en tierra. Jorge hizo un grande esfuerzo, y entrado que hubo, gracias á él, en posesión de sí mismo, llamó á los demás carromateros, que uno tras otro fueron sacando sus cabezas al través de la cortina de nieve que convirtiera en una como alcoba cerrada la parte inferior de los carromatos.

Lo primero que hicieron los llamados fué mirar hacia oriente, donde luchaba con las tinieblas de la noche una luz mortecina y triste que no parecía sino que iba á darse por vencida.

Al ver el poco tranquilizador aspecto de la atmósfera, los carromateros se congregaron á fin de acordar lo que hacía más al caso. En efecto, durante toda la noche no había cesado de nevar, y uno se hundía hasta las rodillas en aquella nueva capa de nieve. Caminos, no quedaba ni uno visible, y el viento huracanado que no dejara de soplar toda la noche, indudablemente había cegado las torrenteras, haciendo

imposible el evitarlas. Por otra parte, sin fuego, provisiones ni abrigo no podíamos continuar allí, y retroceder era tan peligroso como avanzar.

En medio de estas discusiones, Luisa se asomó á su trineo y me llamó, sin que le causase novedad alguna el verse sepultada en la nieve; al contrario, al notar que, como los carromatos, su trineo estaba en aquella situación, le bastó una mirada para adivinar lo que ocurría. Sin embargo, constante y tranquila como siempre, estaba resuelta á seguir adelante.

Interin, los carromateros continuaban discutiendo, y en el rápido gesticular de Jorge y en su palabra animada eché de ver que éste sostenía un parecer que los demás se resistían á adoptar. Jorge abogaba por el avance, y los carromateros por quedarse y esperar.

—Pero venid acá, cabezones, exclamó Jorge, ¿y si continúa nevando un día ó dos, y la nieve, como sucede á menudo, tarda una semana ó más en solidificarse? ¿Cómo avanzar ó retroceder entonces? ¿cómo librarnos de quedar sepultados vivos? Si continuamos adelante sin perder tiempo, ahora que únicamente hay tres palmos de nieve nueva, mañana por la mañana llegamos al pueblo que está en la falda de la vertiente oriental, y hétenos á quince leguas escasas de Ekaterimburgo.

Cumple decir que este parecer, por más que fuese el mismo á que de antemano me adherí sistemáticamente, ofrecía muchos peligros. El viento continuaba huracanado, como que soplabá lo que en Rusia llaman el espantanieve, y los aludes son frecuentes en los Urales. No es de admirar pues que Jorge hallase viva oposición y que ésta degenerase á poco en rebelión abierta.

Como la autoridad de que Jorge estaba investido no pasaba de ser una concesión voluntaria, los que de ella lo invistieran podían retirársela, y efectivamente se la retiraron, diciéndole que si bien le parecía continuase adelante con su hijo y su carromato.

Así las cosas, Iván se nos acercó á Luisa y á mí para pedirnos nuestro parecer, y lleno, como nosotros, de confianza en la experiencia del anciano guía, se avanzó y ordenó á los carromateros que enganchasen sin demora. De buenas á primeras esta orden excitó el asombro, luego despertó murmullos; pero Iván sacó entonces un papel de su bolsillo, lo desdobló, y dijo: «De orden del emperador.» Los carromateros, que si bien ninguno de ellos sabía leer, todos conocían el sello imperial, sin más averiguaciones y sin discutir si debían ó no acatar la orden, se abalanzaron á sus caballos, que reunidos en un solo grupo se estrechaban unos contra otros como un rebaño de carneros, y diez minutos después la caravana estaba dispuesta para la marcha.

David tomó la delantera para sondar el terreno, y Jorge y su carromato pusieronse á la cabeza de nuestra columna.

Nosotros íbamos inmediatamente detrás de Jorge, de modo que si el carromato de éste se hundía en algún barranco, como el trineo era ligero, podíamos evitar fácilmente el peligro. Los demás carromatos formaban fila, pues ahora nos era imposible marchar reunidos.

Como dije, habíamos llegado á la más elevada meseta de la montaña; por consiguiente nuestro actual camino lo era de descenso.

A poco de emprendida la marcha, oímos una gran voz y vimos hundirse á David, y al correr todos al sitio donde el mozo acababa de desaparecer, encontramos un agujero de unos cinco metros de profundidad, en lo último del cual se agitaba la nieve, entre la que se divisaba todavía una mano. El desventurado padre acudió volando con una larga cuerda para que se la ciñesen al cuerpo y pudiese lanzarse en auxilio de su hijo, á quien aun tenía esperanzas de salvar; pero se presentó un carromatero diciendo que era necesario que Jorge viviese para conducir á la

caravana, y que á quien tocaba descender era á él. Ataron pues por los sobacos la sogá al carromatero, que haciendo una seña con la cabeza se metió en la faltriquera y sin informarse de su contenido una bolsa que le dió Luisa; luego cogimos seis ú ocho la cuerda y la dejamos deslizar con rapidez, de modo que el auxiliador llegó al fondo del hoyo en el instante en que la mano empezaba á desaparecer. El carromatero cogió al desventurado David por la muñeca, al tiempo que nosotros tirábamos desde arriba, y consiguiendo arrancarlo de la nieve en que estaba sepultado y ya sin sentido, lo tomó en peso; inmediatamente doblamos nuestros esfuerzos, y poco después salvador y salvado pisaban terreno firme.

El pobre padre no sabía á quién abrazar primero, si á su hijo ó á aquel que bajara á buscarlo al fondo de la torrentera; pero como David estaba desmayado, á él acudió primero.

Como el desmayo del mozo era evidentemente originado del frío, Jorge dió á beber á su hijo algunas gotas de aguardiente que lo reanimaron; luego tendieron á David sobre una pelliza, lo desnudaron, y estregáronle con nieve todo el cuerpo hasta haber tomado la piel el color de la sangre. El mozo empezó á mover entonces brazos y piernas, y al ver que estaba fuera de peligro, rogó que la caravana siguiese adelante, pues él se sentía con fuerzas para andar; pero Luisa no consintió en ello sino con la condición de que David se sentaría junto á ella en el telegue.

Reemplazado por otro carromatero el mozo, nuestro postillón se subió á caballo, yo me coloqué junto á Iván en el pescante, y andando.

El camino doblaba á la izquierda y se escarpaba más y más en la vertiente de la montaña; á la derecha se extendía la torrentera en que David se cayó, torrentera de la que era imposible calcular la profundidad, pues, según todas las probabilidades, aquél no rodó hasta el fondo de ella, sino que paró en algún sa-

ledizo de las peñas que felizmente lo detuvo. Lo mejor que podíamos hacer, pues, era seguir lo más cerca posible la pared de la peña á la cual estaba indudablemente arrimado el camino. Esta maniobra nos salió bien, y sin tropiezo caminamos unas dos horas siempre en descenso suave, hasta llegar á un bosquecillo como el que nos sirvió de refugio durante la primera noche. Todavía en ayunas todos, resolvimos hacer alto por una hora tanto para dar un poco de reposo á los caballos cuanto para almorzar y hacer lumbre.

Dios, en su misericordia, colocó entre la nieve la madera resinosa; así es que nos bastó derribar un abeto y sacudir la nieve que en franjas pendía de sus ramas, para procurarnos una magnífica lumbre en torno de la cual nos agrupamos todos y cuyo calor acabó de rehacer á David. Yo ambicionaba una tercera pata de oso, pero como no teníamos tiempo de preparar el horno necesario á su cocción, tuve que contentarme con una tajada que, asada, me supo divinamente. Pan, no lo comimos; era demasiado precioso, y sólo nos quedaban algunas libras.

Aquel alto, con ser corto, nos rehizo, y hombres y animales iban con nuevas fuerzas á anudar la marcha, cuando advirtiéndose que las ruedas no volteaban: durante nuestro descanso, una gruesa capa de hielo había aprisionado los cubos de suerte que hubo que romperlo á martillazos, operación que nos absorbió media hora larga. Cuando nos pusimos en marcha era ya medio día.

Por espacio de tres horas y sin novedad seguimos adelante, de modo que desde nuestra primera partida debíamos de haber avanzado siete leguas, cuando llegó á nosotros un crugido al que acompañó un como trueno que fué repetido por los ecos, y vimos pasar un remolino de nieve pulverizada que oscureció el espacio.

Jorge detuvo inmediatamente su carromato y gritó: «¡Un alud!»



Todos quedamos inmóviles y en expectación.

A poco cesó el ruido, aclaróse el aire, y la ráfaga continuó su camino como una tromba, barriendo la nieve y derribando dos abetos que se hacían en una roca á quinientos pasos de nosotros.

Los carromateros lanzaron un grito de alegría, y no era para menos, pues de habernos encontrado siquiera media versta más adelante, nos hubiera arrebatado el huracán ó engullido el alud, como de ello nos convencimos luego al hallar, media versta más allá, obstruido el camino por la nieve.

En verdad, no era aquel un espectáculo imprevisto; Jorge, en cuanto divisó la tromba, ya nos manifestó el temor de que ésta dejara semejante huella de su paso. Sin embargo, como aquella nieve era ligera y friable, probamos de pasar al través de ella; pero los caballos retrocedieron cual si los hubiesen lanzado contra una pared; ni las picas valieron para hacerlos avanzar: encabritáronse ante la nieve que, entrándoles por ojos y narices, los puso furiosos y les hizo retroceder. Era inútil toda tentativa de forzar el paso; no cabía más remedio que abrir trinchera.

Tres carromateros se subieron al carromato más alto, y otro se encaramó en hombros de los tres para dominar el obstáculo. El derrumbamiento tenía unos seis metros de espesor; luego el mal no era de tanta monta como pudimos darnos á entender al principio: poniendo todos manos á la obra, era asunto de dos ó tres horas de trabajo.

El cielo estaba tan encapotado, que aunque no eran más que las cuatro de la tarde, ya se nos venía encima la noche, rápida y preñada de amenazas; y lo peor era que ahora ni siquiera teníamos tiempo de aparejarnos el débil abrigo de una tienda, ni contábamos con qué procurarnos lumbre, pues no se veía árbol alguno. Detuvimos pues, alineamos los carromatos en arco del que formaba la cuerda el derrumbamiento, y en el semicírculo encerramos los caballos

y el trineo. Tales precauciones las tomamos contra los lobos, que, por la falta de fuego, no era posible mantener á distancia.

Poco después quedamos envueltos en la más completa oscuridad.

La cena, ¿quién pensaba en ella? sin embargo los carromateros comiéronse sendas tajadas de oso crudo, dando muestras de gustarles de esta suerte como cocido. Yo, por más que el hambre me aguijaba, no pude superar el asco que me causaba aquella carne cruda: limitéme pues á compartir un pan con Luisa, y luego ofrecí mi última botella de aguardiente; Jorge, empero, se negó á aceptarla en nombre propio y en el de sus compañeros, alegando que era menester conservarla para los trabajadores.

Entonces y con su invariable presencia de ánimo, Luisa me recordó que nuestra berlina de posta llevaba dos linternas y que yo había encargado á Iván que las metiese en el trineo. Llamé pues al subteniente, y por él supe con alegría que las linternas estaban en el cofre, de donde las saqué inmediatamente, hallándolas con sus correspondientes bujías.

Iván hizo sabedores á nuestros compañeros del tesoro que acabábamos de descubrir, y su nueva fué recibida con demostraciones de gozo. No era una fogata que pudiese apartar de nosotros á los animales de presa, pero sí una luz con ayuda de la cual podríamos enterarnos de su proximidad.

Las dos linternas fueron colocadas en el ápice de sendas perchas clavadas fuertemente en la nieve, y, una vez encendidas, vimos con satisfacción que su luz, con ser mortecina, gracias al brillo de la nieve iluminaba una circunferencia de cincuenta pasos en torno de nuestro campamento.

En junto éramos diez hombres: dos se colocaron de centinelas en lo alto de los carromatos, y ocho se pusieron á trabajar para abrir trinchera. Desde las dos de la tarde el frío había cobrado toda su intensi-

dad, por manera que la nieve estaba ya bastante endurecida para que pudiese abrirse en ella un paso, aunque no suficientemente compacta para hacer este trabajo tan fatigoso como lo habría sido dos días después. Yo, juzgando que moviéndome incesantemente me molestaría menos el frío, preferí ayudar á los trabajadores.

Por espacio de tres ó cuatro horas trabajamos con bastante tranquilidad, y entonces fué cuando hizo maravillas el aguardiente tan á tiempo economizado por Jorge. A las once de la noche, empero, oyóse un aullido tan prolongado y tan próximo, que suspendimos el trabajo.

—¡Vengan todos! gritó Jorge, que estaba de vigia.

Al oír el llamamiento, abandonamos el trabajo, concluido en sus tres cuartas partes, y corrimos á los carromatos, á los que nos subimos.

Hacia ya más de una hora que estaban á la vista unos diez ó doce lobos; pero, mantenidos á raya por la luz de nuestras linternas, volvíanse á la oscuridad para reaparecer y desaparecer de nuevo. Por fin uno de ellos se acercó tanto, y Jorge comprendió tan claramente en su aullido que no tardaría en acercarse aún más, que nos llamó.

Confieso que de buenas á primeras no las tuve todas conmigo al ver aquellos monstruosos animales, á mis ojos á lo menos dos veces más grandes que los de Europa. Sin embargo hice de tripas corazón, y verifiqué mi carabina y mis pistolas, que estaban bien cebadas. Ello no obstante y á pesar del frío, humedecióseme de tibio sudor el rostro.

Dicho va que nuestros ocho carromatos formaban el recinto semicircular en que estaban encerrados nuestros caballos, el trineo y Luisa; pero no he dicho que al recinto lo protegían por un lado la montaña, cortada perpendicularmente hasta una altura de más de veinticinco metros, y por el otro por el derrumbamiento, que á nuestras espaldas formaba una especie

de muralla natural. En cuanto á los carromatos, estaban guarnecidos como las almenas de una ciudad sitiada; cada carromatero tenía su pica, su hacha y su cuchillo, é Iván y yo disponíamos cada uno de una carabina y de un par de pistolas.

Así pasamos media hora, ocupados unos y otros en medir nuestras respectivas fuerzas. Ya dije que de cuando en cuando los lobos se metían en el campo de luz como para alentarse, pero echábase de ver que titubeaban. Esta táctica era torpe, pues nos familiarizaba con el peligro, y tan es así, que á mi temor siguió un como enardecimiento, y me impacientaba aquella situación que, sin ser todavía el combate, era hacia ya largo rato el peligro. Por fin uno de los lobos se nos acercó tanto, que volviéndome hacia Jorge le pregunté:—¿Le parece á V. si á ese le envío una bala para hacerlo arrepentir de su temeridad?—Si está V. seguro de matarlo repentinamente, sí, me respondió el anciano.—¿Por qué?—Porque si lo mata V. repentinamente sus compañeros se distraerán comiéndoselo, como hacen los perros en la perrera. Y entre dientes añadió: Verdad es que en cuanto hayan gustado la sangre, se convertirán en demonios.—¡Diantre! exclamé, se me presenta tan bien, que casi estoy seguro de mi tiro.—Pues entonces á él, repuso Jorge, así como así es menester que esto acabe de un modo ú otro.

Apenas nuestro guía acabó de pronunciar estas palabras, partió el tiro, y el lobo se retorció sobre la nieve.

Inmediatamente y como Jorge previera, precipitáronse en el campo de luz cinco ó seis lobos á los cuales vislumbramos como sombras, cogieron al muerto, y, arrastrándolo, se volvieron á la oscuridad en menos tiempo que he necesitado para contarlos.

Con todo eso, aunque los lobos estaban fuera de la vista, hacían constar su presencia por medio de feroces aullidos, aullidos que redoblaban de tal suerte,

que era palmario que el número de nuestros enemigos iba engrosando progresivamente. En efecto, aquellos aullidos eran una especie de llamamiento á la ralea, y cuantos lobos había en dos leguas á la redonda se reunieron frente á nosotros.

De pronto cesaron los aullidos.

—¿Oye V. á nuestros caballos? me preguntó Jorge.  
—¿Qué hacen?—Piafan y relinchan: lo cual quiere decir que estamos alerta.—Hombre, creí que los lobos se habían marchado.—No, han acabado de devorar á su compañero muerto y se relamen. Y volviéndose á los carromateros, el anciano añadió: ¡Eh! ahí están; ¡mucho ojo!

En efecto, ocho ó diez lobos que, en la oscuridad, nos parecían grandes como asnos, se entraron repentinamente por el campo de luz que nos rodeaba, y, sin vacilar ni aullar, se lanzaron en derechura á nosotros, pero no por debajo de los carromatos, sino saltando bravamente por encima de ellos para arremeternos de frente. Rápido como el pensamiento el ataque, apenas los ví cuando ya batallábamos con ellos; con todo, sea casualidad, sea que los lobos hubiesen visto de qué punto partiera el tiro, es lo cierto que ninguno atacó mi carromato, de modo que pude formar juicio de la lucha mejor que si hubiese tomado en ella una parte activa.

Al carromato de mi derecha, defendido por Jorge, lo atacaron tres lobos, uno de los cuales cayó atravesado de parte á parte por la pica del anciano, y otro de un balazo que le propiné con mi carabina; en cuanto al tercero, como ví que Jorge tenía su hacha levantada sobre él, no me dió ya cuidado alguno, y me volví hacia el carromato en que estaba David, ó sea el de mi izquierda. En él la lucha se presentaba menos favorable para nosotros, por más que únicamente atacaron dos lobos, y ello era debido á que David, como no lo habrá olvidado el lector, estaba herido en el hombro. El mozo clavó su pica en una

de las fieras, pero como la moharra, á lo que parece, no interesó órgano alguno vital, el lobo rompió con los dientes el asta, de modo que David se encontró por un instante con sólo un garrote en la mano. En esto el otro lobo arremetió y se agarró á las cuerdas para precipitarse sobre el mozo; pero yo pasé de uno á otro carromato, y en el momento en que David tiraba de su cuchillo, de un pistoletazo estrellé los sesos de su antagonista; el otro lobo se revolcaba por la nieve, y, rugiendo con furor, hacía inútiles esfuerzos para arrancarse con los dientes el trozo de pica, que salía seis ú ocho pulgadas de su herida.

Interin, Iván se portaba como un héroe, y las sucesivas descargas de su carabina y sus pistolas anunciáronme que nuestros enemigos eran tan bien recibidos en mi extrema izquierda como á mi izquierda y á mi derecha. En efecto, poco después cuatro lobos atravesaron nuevamente el campo de luz, pero ahora para huir; y lo más singular fué que entonces se pusieron en pie dos ó tres lobos á los cuales teníamos por muertos ó mortalmente heridos, y que, arrastrándose y dejando tras sí un reguero de sangre, siguieron á los fugitivos y desaparecieron con ellos; de modo que, en resumidas cuentas, no quedaron más que tres enemigos en el campo de batalla.

Volvíme hacia Jorge, al pie de cuyo carromato yacían dos lobos, el que él atravesara con su pica y el que yo matara de un balazo, y al ver que yo le dirigía una mirada de interrogación, me dijo:—Cargue V. otra vez la carabina, ¡vivo! conozco á esas bestias hace muchos años y sé cuales son sus tretas; cargue usted inmediatamente, pues yo le fio que no vamos á salir del lance á tan poca costa.—¡Cómo! repuse mientras ponía en ejecución el consejo, ¿usted cree que todavía no nos hemos librado de ellos?—Escuche usted, replicó Jorge; ¿oye V.? se llaman unos á otros. Y señalando con el dedo el horizonte, añadió: Mire usted, mire usted.

Efectivamente, á los aullidos próximos respondían aullidos lejanos; por manera que era evidente que el anciano guía tenía razón, y que el primer ataque no pasó de una escaramuza de vanguardia.

En esto me volví, y, cual dos ardientes brasas, vi relucir los ojos de un lobo que, llegado á la cresta del derrumbamiento, oteaba nuestro campo. Encaré á la fiera mi carabina; pero en el instante en que partió la bala, el lobo se precipitó en medio de los caballos y cayó agarrado al cuello de uno de ellos, mientras dos ó tres compañeros nuestros se bajaban cautelosamente de sus carromatos.

—¡Sólo hay un lobo! ¡sólo hay un lobo! gritó Jorge. ¡Basta un hombre! ¡Los demás á su puesto! Y volviéndose hacia mí, me dijo: Cargue V. pronto, y vea de aprovechar el tiro.

Dos de los tres que se bajaran volvieron á subirse á sus carromatos, y el tercero se arrastró, con su largo cuchillo en la mano, entre los pies de los caballos, que pateaban de terror y se lanzaban como insensatos contra los carromatos que los rodeaban. Poco después vi brillar una hoja que desapareció al punto; el lobo soltó entonces al caballo, que, cubierto de sangre, se encabritó, mientras en tierra se veía una mole informe dando vueltas sin que fuese posible distinguir cuál era la bestia ni quién el hombre, y ofreciendo un conjunto terrible, que nos tenía opreso el corazón. El hombre no tardó en levantarse, y, al verlo, lanzamos todos un grito de alegría.

—David, dijo el luchador sacudiéndose, llégate y ayúdame á sacar de aquí esta carroña; de lo contrario no hay que contar con los caballos.

David se bajó, arrastró al lobo hasta el carromato de Jorge, y lo levantó con ayuda de su compañero. Jorge cogió entonces por los pies á la fiera, como pudiera haberlo hecho con una liebre, y, tirando de ella, la arrojó fuera del círculo al lado de los dos ó tres que estaban ya tendidos; luego se volvió hacia el ca-

rromatero que matara al lobo y se sentara en el suelo mientras David se subía á su carromato, y le dijo:—¿Y bien? ¿No te vuelves á tu puesto, Nicolás?—No, tío Jorge, respondió el interpelado moviendo á uno y otro lado la cabeza, ya estoy aviado.—¡Cómo! exclamó Luisa sacando la mitad del cuerpo por la abertura del trineo, ¿está V. herido?—Lo único que puedo decir á V., señorita, respondió Nicolás, es que, á mi ver, de esta no salgo.—¡Eugenio! ¡Eugenio! gritó Luisa llamándome, lléguese V. y ayúdeme á curar á ese pobre hombre: está perdiendo toda su sangre.

Di mi carabina á Jorge, y, bajándome del carromato, me puse de un salto junto al herido.

El cual había perdido en la lucha parte de la mandíbula y recibido en el cuello una terrible garfada de la que le manaba un chorro de sangre que de pronto me hizo temer que estuviese interesada la carótida. Entonces y sin saber si hacía bien ó mal, cogí un puñado de nieve y lo apliqué á la herida. El paciente, sobrecogido de frío, lanzó un ¡ay! y se desmayó. En verdad, en aquel instante tuve por muerto al desdichado.

—¡Dios mío! exclamó Luisa, perdonadme, pues yo soy la causa de cuanto pasa.—¡A nosotros! ¡a nosotros, excelencia! gritó Jorge; ¡los lobos están aquí!

Al oír la voz del anciano dejé al herido al cuidado de Luisa, y me encaramé apresuradamente á mi carromato.

Ahora no pude seguir episodio alguno de la lucha; tenía bastante que hacer por mi parte para ocuparme en los demás. Atacados por veinte lobos, si no eran más, descargué á quemarropa mis pistolas, y luego, después de habérmelas puesto al cinto, ya que, descargadas, para nada me servían, empuñé una hacha que Jorge me dió.

La lucha duró cerca de un cuarto de hora y ofreció uno de los espectáculos más terribles que pueden presenciarse; y cuando, al final de ella, oí en toda nues-

tra línea un potente grito de victoria, hice un postrar esfuerzo para deshacerme de un lobo que agarrado á las cuerdas de mi carromato intentaba echárseme encima. En efecto, descargué sobre la cabeza de la fiera un furioso golpe, y aunque el hacha resbaló sobre los huesos del cráneo, hirióla tan malamente en la espalda, que soltó la presa y cayó hacia atrás.

Entonces, como la primera vez, vimos á los lobos retirarse, atravesar aullando el trozo iluminado, y desaparecer en las tinieblas; pero ahora para no volver.

Ya libres de enemigos, miramos cada cual en silencio y con tristeza en torno nuestro; tres carromateros estaban heridos de más ó menos gravedad, y acá y acullá yacían siete ú ocho lobos: era evidente que á no haber hallado el modo de iluminar el campo de batalla, hubiéramos sido todos devorados.

El peligro que acabábamos de correr nos hizo sentir aún con más viveza la necesidad de llegar al llano; porque ¿quién era capaz de prever los nuevos peligros que traería consigo la siguiente la noche, si no veíamos obligados á pasarla en la montaña?

Colocamos pues en los carromatos y después de haberles vendado sus llagas á los heridos, para que vigilaran, pues, por más que era probable que nos habíamos desembarazado de los lobos, como lo anunciaban sus cada vez más lejanos aullidos, hubiera sido una imprudencia no estar incesantemente apercebidos, y, tomada esta precaución, nos aplicamos á dar la última mano á la trinchera, que quedó lista al quebrar el alba.

Jorge dió inmediatamente orden de enganchar, y cuatro carromateros se ocuparon en esta faena, en tanto que los otros cuatro despellejaban á los muertos, cuyas pieles, máxime en la estación aquella, no dejaban de ser útiles; pero en el instante de partir advirtiósese que el caballo al cual mordiera el lobo estaba demasiado gravemente herido no sólo para pres-

tar servicio alguno, mas también para continuar el camino.

Entonces el carromatero á quien pertenecía el caballo pidióme prestada una pistola, lo condujo á un rincón, y le deshizo de un tiro la cabeza.

Llevada á cabo esta ejecución, nos pusimos triste y silenciosamente en marcha.

Nicolás seguía gravísimo, y Luisa, que lo tomara bajo su protección, lo hizo colocar junto á ella en el trineo.

Los demás heridos se tendieron en sus respectivos carromatos, y en cuanto á nosotros, anduvimos á pie junto á los caballos.

Tras una marcha de tres ó cuatro horas, durante las cuales los carromatos estuvieron qué sé yo cuántas veces á pique de precipitarse, llegamos á un bosquecillo que los carromateros conocieron con alegría ser uno que estaba situado á tres ó cuatro leguas del primer pueblo que se encuentra en la vertiente asiática de los Urales: detuvímonos pues, y como todos estábamos necesitados de reposo, Jorge ordenó que hiciésemos alto.

Incluso los heridos, pusimos todos manos á la obra, y en diez minutos desenganchamos, dimos en tierra con tres ó cuatro abetos y encendimos una gran fogata.

También ahora el oso proveyó á nuestra comida; pero como no nos faltaba carbón para asarlo, todos comimos de él, incluso Luisa.

Ya satisfecha el hambre y obedeciendo á la prisa que de salir de aquellas montañas teníamos, anudamos la marcha, y hora y media después, al revolver de una colina, divisamos multitud de columnas de humo que parecían salir de la tierra: era el deseado pueblo al que más de uno de nosotros creyó no llegar nunca, y en el cual entramos por fin á las cuatro de la tarde.

No quiero hablar de la única posada que hallamos

en aquel pueblo: era tan mísera, ó por mejor decir tan pequeña y tan sucia, que en cualquiera otra circunstancia ni la hubiéramos querido para perrera de nuestra jauría. Con todo eso nos pareció un palacio.

Al día siguiente, al partir, dimos quinientos rublos á Jorge para que los compartiese con sus compañeros.

## XXV

Desde aquel punto y hora todo se presentó bien, pues nos encontrábamos en las inmensas llanuras de Siberia, llanuras que se extienden hasta el mar Glacial, sin que se vea en ellas ni una montaña que merezca el nombre de colina. Gracias á la orden de que Iván era portador, los mejores caballos eran para nosotros, y, llegada la noche, para evitar accidentes como el que por poco nos cuesta el pellejo, nos acompañaban al galope diez ó doce jinetes armados de carabinas ó de lanzas. De esta suerte atravesamos Ekaterimburgo sin detenernos en sus magníficos depósitos de pedrerías, que la hacen brillar como una ciudad mágica, y que nos parecían tanto más fabulosos cuanto salíamos de un desierto de nieve, en el que por espacio de tres días no habíamos encontrado ni el abrigo de una choza; luego pasamos por Tiumen, donde empieza verdaderamente la Siberia, y por fin entramos en el valle del Tobol. Siete días después de haber dejado los terribles Urales, llegamos á prima noche á la capital de Siberia.

No obstante abrumarnos la fatiga, Luisa, alentada por su amor, más y más intenso á proporción que iba acercándose á quien era objeto de él, sólo se detuvo para tomar un baño, y á las dos de la madrugada partimos para Koslowo, pequeña ciudad asentada en la margen del Irtych y señalada para residencia á unos

veinte presos, uno de los cuales, como hemos manifestado, era el conde Alejo.

Nos apeamos en casa del capitán gobernador de Koslowo, para informarnos del conde, y allí, como en todas partes, la orden del emperador obró maravillas. Alejo continuaba en la ciudad, y su salud era tan buena como podía desearse. Ahora bien, como según acuerdo con Luisa y á fin de avisarle la llegada de ésta tenía que presentarme yo primero al conde, rogué al gobernador que á este efecto me diese un permiso, y me lo concedió sin reparo. Además, como me era desconocida la residencia de Alejo y no hablaba el lenguaje de aquella tierra, dieron orden á un cosaco de que me acompañase.

Llegado que hubimos á un barrio de la ciudad, cerrado por altas empalizadas cuyas salidas estaban guardadas por centinelas, el cosaco se detuvo delante de una de las veinte casas de que aquél se componía y por señas me indicó ser la del conde. Entonces y latiéndome el corazón con violencia, llamé á la puerta, y al oír la voz de Alejo que decía: «¡Adelante!», abrí y encontré á mi amigo echado en la cama, vestido, con un brazo colgando y un libro á sus pies.

Sin pasar del umbral, puse los ojos en el conde y tendí al mismo tiempo los brazos hacia él.

Alejo se incorporó lleno de asombro y como si titubearse en conocerme.

—Y bien, sí, soy yo, le dije.—¡Cómo! ¡usted! ¡usted! exclamó el conde saltando de su cama y echándose los brazos al cuello. Y retrocediendo repentinamente, añadió con voz no exenta de terror: ¡Válgame Dios! ¿acaso está V. también desterrado? ¿soy yo, por mi desgracia, causa de tamaña desventura?—Sosiéguese V., repuse, he venido como simple aficionado.—¡Como aficionado ha venido V. al riñón de la Siberia, á novecientas leguas de San Petersburgo! exclamó Alejo sonriéndose con amargura. A ver, explíqueme V. eso... ó por mejor decir... ante todo...